

La verdad hetero vs. la mentira queer: una disputa histórica

Felipe Caro Romero

Historiador, fccaror@unal.edu.co

Verdad e historia parecen estar indisolublemente ligadas la una con la otra. A quienes trabajamos con el pasado se nos exige la verdad en lo que escribimos. Aun si no es posible encontrarla, como lo han asegurado muchos trabajos sobre la filosofía de la historia desde hace unos cuarenta años, se nos demanda que nos acerquemos lo más posible a ella. Para ello debemos ser claros con lo que trabajamos y como trabajamos, es decir, debemos ser transparentes y honestos con las fuentes (vestigios del pasado) que usamos y como las interpretamos. Y en un primer vistazo esta máxima nos puede parecer adecuada. Nada más noble que buscar la verdad y separar el mito, el rumor, la mentira, del pasado. ¿Pero qué pasa entonces cuando quienes escribimos historia nos enfrentamos a la mentira de una manera sistemática o constante? O más bien ¿Qué pasa cuando la mentira hace parte fundamental de un proceso en el pasado? Pues ese es el reto de quienes se aproximan a la historia *queer* (kuir/cuir/de rares) en Colombia.

La mentira está incrustada en la vida de aquellas personas que se salen de la heteronorma por muchas razones. Quienes nos aproximamos a esta historia debemos andar con sumo cuidado porque el valor de mentir adquiere un carácter distinto al de otros fenómenos pasados. Acá la mentira no tiene esa pesada carga moral o religiosa del vicio o el pecado; acá la mentira adquiere otras formas mucho más complejas o, por lo menos, menos obvias. Veamos.

Por un lado, tenemos las mentiras de supervivencia. Esas mentiras que han usado las personas que esconden un cuerpo, un acto o un sentimiento por el muy justificado miedo a las diversas repercusiones que puede llegar a tener para ellos o sus allegados el descubrirse la verdad. Este es el caso, por ejemplo, de la vida bajo la penalización de la homosexualidad que estuvo vigente en Colombia formalmente desde 1890 hasta 1980. O, también

es el caso, de quienes escogieron vivir su género de una manera específica negando o escondiendo partes de su cuerpo en contraria de los parámetros psiquiátricos establecidos. Por esta razón, las fuentes, aquellas que usamos quienes estudiamos el pasado para comprenderlo, están repletas de mentiras al tratarse en su mayoría de reportes policiales o peritajes médicos donde, naturalmente, quienes fueron apresados o eran evaluados por un delito o una enfermedad lo negaron categóricamente.

Por otro lado, tenemos las mentiras estratégicas, esas que han sido usadas para la clandestinidad. Aparentemente similares a las anteriores, la diferencia yace en que estas mentiras poseen un color conspirativo y un sabor colectivo. No se trata meramente de mentiras usadas para sobrevivir, como auto-protección, sino que se trata de mentiras usadas para proteger a una comunidad o para ocultar una organización o movimiento. Estas mentiras están, por ejemplo, en las luces rojas que tenían ciertos bares de Bogotá o Medellín para avisar a quienes asistían que la Policía estaba por entrar y así poder presentarse de manera heterosexual frente a las autoridades. Una mentira particularmente conocida a este respecto también fue la que dio León Zuleta en su primera entrevista sobre el emergente movimiento de liberación homosexual del país donde proclamó que dicho movimiento contaba con más de cuarenta miembros cuando en realidad él estaba solo. Y esta mentira fue la que inició una parte del movimiento moderno colombiano.

No todas las mentiras, sin embargo, tienen un carácter positivo o de auto-cuidado. Hay otro tipo de mentira, una cuyo origen se encuentra en la vergüenza. Es este tipo de mentira la que empezó a hacerse popular durante lo más alto de la epidemia de VIH/SIDA en los ochentas y noventas. Las decían quienes estuvieron contagiados para evitar las múltiples repercusiones asociadas a los prejuicios del

virus; pero también las decían sus familiares, quienes huían a la vergüenza y el estigma asociados tendenciosamente con la infección. Muchas historias y fuentes se perdieron debido a estas mentiras y a la incapacidad de familias enteras de reconocer o, por lo menos, honrar la memoria de sus seres amados fallecidos. Quienes buscamos indagar en la historia *queer* del país debemos enfrentarnos a las funestas consecuencias de estas mentiras y no asumir que el silencio, producto de las mismas, es lo mismo que un silencio producto de una verdad.

Y también están, por supuesto, las mentiras hipócritas. Esas que hacen quienes dicen abandonar valores de familia, de la moral, de la religión y resultan ser partícipes de los pecados que aseguran combatir. Esta mentira es tal vez la más entretenida (y triste), pues devela no solo la doble moral de quienes presumen ser los más fieros enemigos de la disidencia sexual, sino que también evidencia que existe un prejuicio bastante común a la hora de entender la sexualidad humana donde lo cis-hetero se presupone como el estándar de experiencia de vida general. El *shock* que genera la “sacada del clóset” de personajes históricos (o actuales) es un síntoma de la miopía histórica que tenemos quienes nos aproximamos al pasado, pues a pesar de tener bastante claro que la sexualidad, como cualquier otra dimensión de la experiencia humana, es histórica (y por lo tanto cambiante) solo la cuestionamos cuando se sale de la norma heterosexual.

Entonces ¿Por qué mentimos les rares? Por muchas razones. Por eso mismo, en este caso la tradicional fórmula histórica de buscar acercarnos a la verdad se hace completamente inoperante. Las vidas y los cuerpos de quienes se salen de la heteronorma se han enfrentado a espacios donde la mentira es una realidad tanto positiva como negativa. Y esto no es algo que haya cambiado con el tiempo, desafortunadamente. La mentira sigue siendo una necesidad (o una triste realidad) para muchos. Y por eso, así como la infancia disidente sigue siendo negada convirtiendo a les niños en fantasmas hasta que “salen de clóset” (a la edad que sea y de la forma que sea), nuestro pasado sigue siendo un lugar desconocido lleno de mitos, fábulas y leyendas. La verdad, aliada con la norma y lo normal, se ha configurado como un patrimonio cis-hetero, donde la mentira es usada de manera reaccionaria como un borrador que desaparece todo aquello que no encaja en los cánones deseados. De esta manera, las mentiras

de supervivencia se han convertido en verdades de inexistencia. Y así hemos sido condenados a ser seres sin pasado, gentes sin historia. Esto solo cambiará cuando asumamos el reto de aproximarnos a la mentira y a la verdad de una manera distinta, dejando de lado los lentes heterosexuales que las han condicionado. La verdad no es bien supremo si implica dolor, marginalización, sufrimiento o muerte. Y la mentira no es un mal si por ella se salvan vidas o se conspiran revoluciones. ■

La fotografía de gabinete travesti,
1890-1939, Archivos Fundación Aikhe

